





Título de la obra:
Bloque 12-Derecho
(desde ventana de la biblioteca)

Autor:
David Londoño Mesa

Técnica / Año:
Acrílico / 2015



*Mons. LUIS FERNANDO
RODRÍGUEZ VELÁSQUEZ

Arzobispo Coadjutor de Cali
Rector General emérito UPB

LA SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL



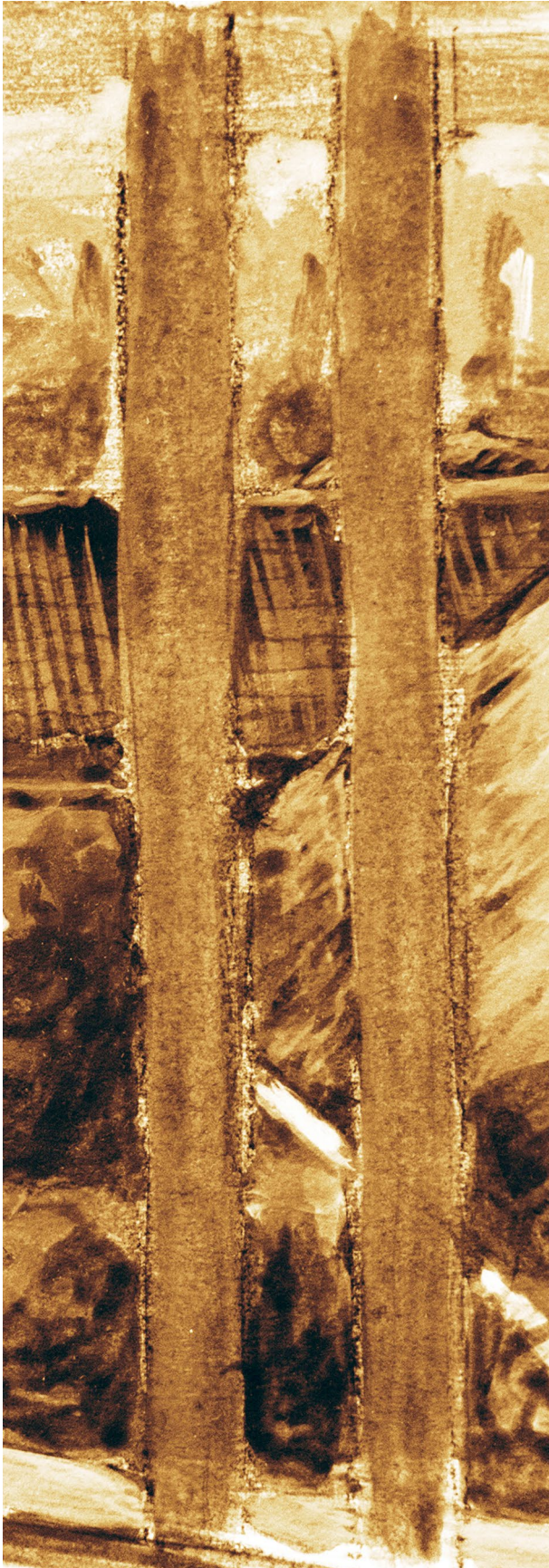
.....
* Egresado del Colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana. En esta misma Institución realizó los estudios de Filosofía, Teología y Licenciatura en Educación y Ciencias Religiosas. En la Pontificia Universidad del Laterano, en Roma, obtuvo la licenciatura en Derecho Canónico y el doctorado en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente es miembro del Comité Permanente del Episcopado Colombiano, Presidente de la Comisión Episcopal de Educación y Cultura y miembro de la Comisión Episcopal de Asuntos Jurídicos de la Conferencia Episcopal Colombiana.

El valorar el sentido de una solidaridad intergeneracional que se presenta con el paso del tiempo, y la capitalización de las experiencias obtenidas que se fortalecen con la intervención de cada ser humano es el tema que nos convoca. El mejor argumento se encuentra en lo que el Papa Francisco aprecia como “solidaridad intergeneracional”, una acción de doble vía en la que el adulto mayor, el maestro, presentado como el “depositario de la memoria”, posibilita que los conocimientos construidos se conviertan en conocimiento innovador.

El intercambio constante de saberes y la dinámica que se imprime entre generaciones enriquece nuevas creaciones. Al centrar la solidaridad intergeneracional en los docentes, los contempla como formadores para la vida y a los más jóvenes les corresponde ser los “continuadores de la historia”; tener en cuenta el pasado para vivir mejor el presente y pensar en el futuro que nos hace viable la germinación de los sueños de hoy.

Palabras clave:

Solidaridad, intergeneracional, conocimiento, innovación, educación.



Cuando comencé a pensar en este escrito, de inmediato me vino a la memoria el último mensaje del Papa Francisco para la Jornada mundial de la paz, que tuvo precisamente como título y tema “Diálogo entre generaciones, educación y trabajo: instrumentos para construir una paz duradera”. Es conocido por todos cómo está en el corazón del Santo Padre la profunda preocupación por ofrecer al mundo alternativas válidas y universales para la superación de los grandes conflictos que nos afligen. Por eso ha hablado del Pacto Económico Global y del Pacto Educativo Global, como iniciativas que, sin duda, aportan a la paz. En el mensaje para la Jornada mundial 2022, afirma lo siguiente:

los grandes retos sociales y los procesos de construcción de la paz no pueden prescindir del diálogo entre los depositarios de la memoria –los mayores– y los continuadores de la historia –los jóvenes–; tampoco pueden prescindir de la voluntad de cada uno de nosotros de dar cabida al otro, de no pretender ocupar todo el escenario persiguiendo los propios intereses inmediatos como si no hubiera pasado ni futuro. La crisis global que vivimos nos muestra que el encuentro y el diálogo entre generaciones es la fuerza propulsora de una política sana, que no se contenta con administrar la situación existente «con parches o soluciones rápidas», sino que se ofrece como forma eminente de amor al otro, en la búsqueda de proyectos compartidos y sostenibles.

Si sabemos practicar este diálogo intergeneracional en medio de las dificultades, «podremos estar bien arraigados en el presente, y desde aquí frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas. De ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros». Sin raíces, ¿cómo podrían los árboles crecer y dar fruto? (Mensaje del Santo Padre Francisco para la celebración de la 55 Jornada mundial de la paz, 1 de enero de 2022).

En la actividad educativa, el papel de los “entrados en años”, es decir, de los adultos mayores, es clave para propiciar la prolongación de la memoria que se hace fortaleza, luz y guía para los discípulos.

En este artículo quiero, sobre todo, compartir un testimonio de la experiencia vivida a lo largo de mis 62 años de vida, 37 de los cuales los he vivido como sacerdote católico, y de ellos ocho como Obispo. Desde muy temprana edad he tenido el alto honor de hacer parte de la familia de la UPB, como estudiante del Colegio, como estudiante de las facultades de Filosofía, Teología y Educación, y luego como docente y Rector General de la misma Universidad.

De todo este tiempo en la UPB, no puedo dejar de recordar las figuras insignes de “ancianos maestros” que, teniendo a la cabeza a Mons. Félix Henao Botero (Rector de la UPB), Mons. Javier Piedrahíta (Rector del colegio) y el Padre Gonzalo Restrepo Villegas, junto con otros inolvidables maestros, forjaron en numerosas generaciones el llamado “Espíritu Bolivariano”, base para la formación de las conciencias de quienes

habríamos de asumir, ya mayores, responsabilidades en la sociedad y en la familia. Para ellos, la solidaridad intergeneracional era entendida como la capacidad de entregarse plenamente a su labor. Ellos no solo enseñaban cosas, enseñaban a vivir. Para ellos la labor docente era una auténtica vocación que los impulsaba a dar y darse plenamente. Tan grande fue su aporte que los recordamos siempre con gratitud.

Igual sentimiento de gratitud albergamos quienes fuimos formados en las facultades de Filosofía, Teología y Educación por docentes que llamábamos maestros, por su forma de ver el mundo, por la experiencia de vida que compartían con todos sus estudiantes y por la forma en la que nos ayudaban a leer los acontecimientos y las realidades contemporáneas. En la UPB tuvimos la fortuna de contar con docentes de edad mixta, jóvenes y mayores, con los cuales se pudo tener encuentros y diálogos de gran interés.

Esta misma experiencia relacional con los maestros de experiencia, se ha podido constatar en todos y cada uno de los programas académicos de la UPB, a lo largo de los años, a los cuales se debe la presencia en Colombia y en el mundo de miles de egresados que hacen gala de vivir alegres los valores del Espíritu Bolivariano y los valores del humanismo cristiano que, unidos a las competencias profesionales, les han permitido aportar enormes conocimientos a la ciencia y a la vida humana y empresarial.

Tuve, por demás, la alegría de estudiar en Roma. Allí, en la Pontificia Universidad del Laterano, por tradición, los docentes eran prácticamente todos maestros de experiencia. Allí solo se llega a ser profesor titular después de un largo trayecto de vida docente y laboral y después de “concurrir” por el cupo existente. Solo llegaban los mejores.

Siendo ya Rector de la Universidad, con un número cercano a los 2.000 docentes, era frecuente que, al cumplir las edades de pensión, tanto en hombres como en mujeres, se tenía una gran encrucijada: ¿Qué hacer con este(a) docente que, teniendo grandes cualidades y logros, llegaba a su edad de pensionarse? En la generalidad de los casos se optaba por no dejarlos ir y adecuar su contratación de manera que pudieran seguir aportando a la formación de los estudiantes. Sin duda, los 62 años en los hombres y los 57 para las mujeres, son años de la madurez y síntesis intelectual; es cuando ellos logran aportar lo que es esencial del conocimiento; es cuando ellos, en el cenit de sus estudios, aportan sabiduría y luces para las nuevas generaciones. Son los años de la confianza y de la seguridad en los pasos a dar, como consecuencia de la experiencia vivida.

Pero volvamos al Papa Francisco para entender lo que puede significar la “solidaridad intergeneracional”. Para el Papa esta es una acción en doble vía. El adulto mayor, el maestro, presentado como el “depositario de la memoria”, hace posible que los conocimientos que se han venido construyendo a lo largo de los siglos, logren ser presentados con atracción innovadora porque suscitan en los estudiantes asombro y deseo de conocer más y más.

“
Sin duda,
los 62 años
en los
hombres
y los 57
para las
mujeres,
son años de
la madurez
y síntesis
intelectual...
”

El depositario de la memoria no es el dueño de la memoria. No es el dueño de la verdad plena. El depositario de la memoria se alimenta de ella y sabe que esa misma memoria crecerá y se fortalecerá, en la medida en que es transmitida no solo tal como es, sino dándole la oportunidad de crecer y de responder a los retos de un mundo cada vez más cambiante.

El profesional de ayer y el profesional de hoy tienen como base un conocimiento común, pero cada uno ejerció su profesión de forma tal que ese mismo conocimiento, esa memoria, creció y maduró. Lo mismo se tendrá que decir del profesional de hoy y del de mañana.

La memoria de los educadores, entendida como vocación, es un carisma que, para que dé frutos, debe ser compartida. El Apóstol san Pablo dirá que “en cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común” (1Cor 12.7) y san Basilio dirá: “Y estos dones cada uno los recibe más para los demás

que para sí mismo... En la vida ordinaria, es necesario que la fuerza del Espíritu Santo dada a uno se transmita a todos. Quien vive por su cuenta, tal vez puede tener un carisma, pero lo hace inútil conservándolo inactivo, porque lo ha enterrado dentro de sí”. (Texto tomado de la carta *Iuvenescit ecclesia*, 5 de la Congregación para la Doctrina de la Fe).

Es por eso que la responsabilidad de quienes hacen parte de la generación adulta, es no hacer inútil los dones y carismas que han recibido, sino hacerlos fructificar, compartiéndolos con alegría.

Por lo demás, las generaciones actuales de jóvenes y menos jóvenes, tienen una muy noble responsabilidad o tarea, la de “ser los continuadores de la historia”.

Ser continuadores de la historia es, como lo ha dicho el Papa Francisco, “frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas”. En otras palabras, “ser continuadores de la historia” no es repetir lo pasado, sino aprender de él para ser distintos, para mejorar, para ser capaces de dar respuesta a los grandes interrogantes del ser humano, que el Concilio Vaticano II resume en los siguientes interrogantes: “¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?” (*Gaudium et spes*, 10).

En el fondo, todos estamos llamados a hacer historia, y en el campo de la academia, ha de ser una historia de desarrollo, de crecimiento, del cuidado de todo y de todos, de respeto a la diversidad, de la protección de la casa común.



La solidaridad intergeneracional es la posibilidad más clara que tenemos al alcance de la mano de todos para escribir una nueva historia, que ha de ser para bien de la humanidad, de cada individuo, de los territorios, orientada toda ella a la construcción de una sociedad en la que la dignidad de todos sea valorada y que, en la conjunción de la ciencia, la razón y la fe, podamos avanzar en la construcción de una sociedad en la que sean una realidad la paz, la justicia, la equidad y las oportunidades para todos.

Esta solidaridad, desde el enfoque social, va más allá de la compasión o ayuda material asistencialista. Es una solidaridad que hace parte de la vida de todo un pueblo en el que tomamos conciencia de que habitamos una misma casa, la casa común, y en donde aprendemos de todos. El Papa Francisco usa el término “aldea de la educación”. Dice así: “Cada cambio necesita un camino educativo que involucre a todos. Para ello se requiere construir una aldea de la educación donde se comparta en la diversidad el compromiso por generar una red de relaciones humanas y abiertas. Un proverbio africano dice que para educar a un niño se necesita de una aldea entera. Por lo tanto, debemos construir esta aldea como condición para educar” (Mensaje del papa Francisco para el lanzamiento del Pacto Educativo Global. Ciudad el Vaticano, 12/09/219).

La solidaridad intergeneracional implica ya de por sí la conformación de una red de relaciones. Quien es solidario consigo mismo se

hace egoísta, quien es solidario con los demás, conocidos y desconocidos, encuentra motivos para descubrir la alegría de vivir. Y ¡cuánto nos está faltando en nuestros tiempos impulsar esta nueva red de solidaridad intergeneracional, que supere el egoísmo, y que permita que la llamada cultura del descarte desaparezca!

Por esto, suena como un clamor que llega al cielo y debe llegar a la conciencia de todos, la invitación a propiciar esta solidaridad intergeneracional, que supera lo académico, con lo que comencé este escrito, para hacernos conscientes de que solo, y en la medida en que entendamos que “nadie se salva solo”, y que “todos necesitamos de todos”, todos somos importantes, solo así seremos capaces de romper las cadenas que nos subyugan y nos quitan las ganas de vivir. Incursionamos así acerca de un término más común que es la “escuela de la vida”.

El problema radica en que el ser humano, —a diferencia de los animales irracionales que aprenden por repetición e instinto de supervivencia, que no repiten los errores cometidos, o mejor, repiten los movimientos que les causaron satisfacción—, no aprende las lecciones dadas por la escuela de la vida. Los grandes problemas que aquejan a la humanidad, casi que repiten lo que durante siglos y siglos se ha vivido: guerras por territorios, guerras por el poder, guerras por el agua, guerras por el dinero, guerras por las religiones, guerras económicas y políticas. Todas ellas se siguen viviendo. En Europa, donde han pasado ya por dos grandes guerras mundiales, no es

posible entender cómo estén al borde de otra guerra. En nuestro territorio seguimos con decenas de años involucrados en una guerra sin fin, que agudiza la inequidad de los pueblos, la pobreza y el hambre.

En la escuela de la vida se nos exige solo ser valientes para dar este paso hacia la solidaridad intergeneracional.

La educación sistemática, en cada uno de los niveles, está siendo impelida, por tanto, a renovarse, a romper paradigmas, a ser capaz de proponer una educación realmente formativa, que logre tocar no solo la razón y el conocimiento de los destinatarios, sino también los corazones y la conciencia de cada uno. Una educación todavía más abierta a las ricas experiencias de quienes han vivido largos años, y así ponderar mejor la enorme inventiva que las actuales generaciones tienen a su haber. Es esta una forma de entender mejor lo que en la misión universitaria se denomina “formación integral”.

La red es un tejido conformado por la unión de hilos amarrados entre sí para lograr un objetivo común: pescar (caso de la red de los pescadores) o atrapar alimentos (como en la red de las arañas). Así, la red creada por la solidaridad intergeneracional ha de ser la red de relaciones de un nuevo humanismo que ayude a superar la crisis antropológica por la que está atravesando la humanidad. Está en el fondo de todo el tejido de la red el amor humano en la que la persona vale por lo que es y no por lo que tiene o puede dar.



Por eso, el Papa Francisco, dirá que “El camino común de la aldea de la educación debe llevar a dar pasos importantes. En primer lugar, tener la valentía de colocar a la persona en el centro. Para esto se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que ni pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar –a partir de una sana antropología–, otros modelos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso” (Mensaje del Papa Francisco para el lanzamiento del Pacto Educativo Global. Ciudad el Vaticano, 12/09/219).

Solidaridad intergeneracional, aldea de la educación, escuela de la vida, son solo la expresión de un mismo sueño. Es el deseo innato, pero que para muchos se vuelve quimera, de que podamos vivir unidos en la diferencia, fuertes ante la adversidad, caminando y soñando en grande, siempre juntos, conscientes de que el ser humano tiene unos llamados fundamentales para el que vino a este mundo: a vivir y dejar vivir; a hacer historia; a ser feliz y ayudar a ser felices a los demás; y a descubrir el sentido máximo del presente y futuro de su existencia, de la mano del Creador.

Referencias

- Francisco. (1 de enero de 2022). Mensaje del Santo Padre Francisco para la celebración de la 55 Jornada Mundial de la Paz . <https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/20211208-messaggio-55giornatamondiale-pace2022.html>

